

El municipio y la energía distribuida. Preámbulo.



Cote Romero
Directora de ECOOO

Es habitual e inevitable que en los foros de energía y en revistas especializadas en la materia se haga referencia a las bondades de un modelo energético distribuido. Pero, ¿esta cuestión es una moda pasajera o realmente tiene ventajas frente al actual modelo energético centralizado? Sin lugar a dudas, son tan numerosos los efectos positivos de un modelo de generación y gestión distribuida, que urge facilitar su implementación. Más allá de que técnicamente sea un modelo más eficiente, quisiéramos poner en valor dos cuestiones de índole social que desplazan con contundencia el fiel de la balanza:

1. Calidad de la democracia

Nos vendieron la idea de que la concentración empresarial era una herramienta de eficiencia: ahorro de costes de producción gracias a las economías de escala. Y con esta consigna, las grandes corporaciones se fueron fusionando y concentrando hasta reducir el abanico de posibilidades a los temidos oligopolios. Una plutocracia empresarial tan poderosa que se ha demostrado perversa para nuestras democracias. En el ámbito energético se observa con claridad meridiana. Políticas energéticas ad hoc para favorecer la cuenta de resultados de estas pocas, pero todopoderosas corporaciones. De tal manera que en una materia estratégica como es la energía, tenemos al regulador cautivo. A ello, hay que sumarle que las empresas del oligopolio, sin competencia real, no se ven obligadas a: innovar, a mejorar, a dar un buen servicio, a que la reducción de costes se vea reflejada en la reducción del precio final que paga el consumidor y, lo que es más grave, a adecuar la generación de energía a la urgencia ambiental.

Un modelo de generación y gestión distribuido posibilita romper esta nefasta connivencia entre el poder económico

y el poder político. La tecnología permite la entrada de muchos y pequeños nuevos actores, locales, resilientes y conectados, lo que faculta liberar la política energética de las actuales injerencias empresariales.

2. Activación de ciudadanía y Cultura energética

Los enormes retos ambientales y sociales que debemos abordar exigen la participación activa de toda la sociedad. Un cambio de hábitos tan profundo y disruptivo que solo va a ser posible si las personas son conscientes de las consecuencias de nuestro actual modelo energético. Un puente que facilita esta toma de conciencia es que las personas y los colectivos sean titulares de plantas de generación y participen en las decisiones de la gestión energética, como ocurre en las nuevas cooperativas comercializadoras de energía. Las personas dejan de ser meros clientes pasivos o administrados inconscientes para convertirse en agentes activos de solución. La realidad lo está demostrando. A lo largo de estos años, es habitual ver que las personas que se han ido sumando a diferentes proyectos de energía distribuida, van cambiando sus hábitos de vida y consumo. Más allá de ser productores y cooperativistas de comercializadoras, esta toma de conciencia conlleva a repensar y a aplicar en la vida cotidiana una movilidad sostenible, un consumo responsable, a reducir usos energéticos innecesarios, a erradicar el despilfarro de energía o a implementar usos eficientes. Todo este compendio de acciones individuales y colectivas conforman la necesaria cultura energética que necesitamos como sociedad. En definitiva, un modelo distribuido permite la participación ciudadana, y si es este el caso, coadyuva a una cultura energética sostenible.



Pues bien, si es clave la activación y participación ciudadana para que un modelo distribuido sea garante de la calidad de la democracia y de una cultura energética sensata, ¿cuál es entonces el papel de los municipios? La administración local, sin duda, puede jugar un papel estratégico:

1) Facilitando la transición energética distribuida a través de ordenanzas municipales y jugando con la carga fiscal para que éstas no constituyan una traba de facto.

2) Poniendo en marcha el enorme potencial que tiene éste nivel administrativo para activar a la ciudadanía. La proximidad de los ayuntamientos y la incidencia directa en la vida de las personas confieren a la administración local un papel único. Cuando los municipios y otros entes locales comprenden la importancia de un modelo energético distribuido y, como factor clave, la participación de los vecinos en el proceso, se convertirán en el epicentro de la revolución energética ciudadana. Municipios que, además de aplicar medidas técnicas de ahorro y eficiencia energética, de desarrollo de energías renovables, de ordenación del territorio o de movilidad sostenible, ponen en marcha medidas que implican la participación activa de los usuarios de los servicios municipales (usuarios que se convierten en auditores energéticos, vecinos que participan en una planta de generación colectiva municipal, barrios que fomentan calefacciones de distrito, etc.). Una nueva cultura energética se está esbozando. Al ya clásico maridaje público-privado (por el que la política queda a merced de los intereses particulares), comienza a abrirse paso una cooperación mucho más sana y constructiva, el maridaje público-ciudadano.

Podríamos pensar que la administración local tiene poco que hacer debido a que la política energética es una competencia exclusiva del Estado y que, por tanto, este marca las líneas generales a seguir. Así mismo, España, como Estado miembro de la Unión Europea debe seguir la estrategia dictada por Bruselas. En la balanza de las trabas, hay que sumarle la falta de capacidad económica de la gran mayoría de los municipios y la escasez de personal. Sin recursos económicos y sin trabajadores públicos disponibles para empujar desde las instituciones públicas, se complejiza y mucho, poner en marcha proyectos de transición energética. No obstante, la administración local tiene mucho margen de maniobra. Los hechos lo demuestran. Cada vez son más numerosos los entes locales que encuentran fórmulas creativas para superar las trabas legales, económicas y culturales a fin de liderar la transición a un modelo energético distribuido y ciudadano. Rubí, Valencia, Barcelona, Morzarzal, Cádiz, Vitoria y un largo etcétera, demuestran que la administración local tiene capacidad de hacer y de implicar.

El avance inexorable del cambio climático, el agotamiento de materiales y recursos fósiles, la contaminación ambiental, la pérdida de biodiversidad, la desigualdad y la pobreza...nuestra sociedad está jugando a la ruleta rusa; cada enunciado es una bala en la recámara. El cambio de modelo energético no es una opción. Si la transición se impulsa de abajo a arriba será más sólida y menos dolorosa que la impuesta por la gravedad de las consecuencias si seguimos en este escenario business as usual. Por ello, el papel de la administración local y de las personas es crucial. ¿Recuerdan el cuento del niño que salvó Haarlem (Holanda) de una funesta inundación? Muchos actores locales, pequeños, resilientes, y conectados están cambiando el mundo. En energía, también. **ROP**